

MOVILIDAD ENTRE ÁFRICA Y LA PENÍNSULA IBÉRICA EN LA ANTIGÜEDAD (SEGÚN LOS TEXTOS CLÁSICOS)

M.P. GARCÍA-GELABERT PÉREZ

RESUMEN: La panorámica general, comentando los textos clásicos, abarcara varios aspectos: la circulación fenicia y cartaginesa entre Iberia-África, África-Iberia. Los libio-fenicios en la Península Ibérica. El intercambio de tropas entre la Península Ibérica y el norte de África efectuado por Aníbal.

SUMMARY: The panoramic general, commenting on the classic texts, was including several aspects: the phoenician traffic and cartaginesa between Iberia-Africa, Africa-Iberia. Libyan phoenicians in the Iberian Peninsula. The interchange of troops between the Iberian Peninsula and the north of Africa effected by Aníbal.

En líneas siguientes desarrollo un breve estado de la cuestión acerca de los intercambios humanos desde el sur de la Península Ibérica al norte/noroeste de África y viceversa, en época helenística, con ramificaciones hacia tiempos más antiguos, porque nunca una determinada etapa es cerrada en sus acontecimientos de la clase que fueren; y parto, como base comparativa, de los asentamientos semitas peninsulares¹; también he de aclarar que lo limitado del espacio dispo-

¹ Por falta de espacio, los griegos no son estudiados, mas han de presuponerse las exploraciones precoloniales (al igual que las de los fenicios), y su estancia y colonización, fundamentalmente en el este hispano. Tampoco hago alusión explícitamente a las restantes grandes colonias fenicias y púnicas africanas, quede claro que están categóricamente implícitas al escribir sobre Cartago, estuvieran o no controladas por el estado de dicha metrópoli. Y así es, a los efectos de una comunidad de cultura, a los efectos de comercio, tal vez incluso de traslado de población hacia Iberia, a todos los efectos, en fin, exceptuando aquellos hechos que tienen que ver con la conquista de Iberia por Cartago (en la que pudieron participar como mercenarios habitantes de otras colonias africanas), pudieron seguir la misma senda de Cartago, aunque en menor escala. No hay que decir que ninguna alcanzó su poderío naval, siendo el único obstáculo para el comercio con más de una, la mayor distancia, pero nada más. Ahí están *Lixus* y *Útica*, colonias complejas, y con fuerte poder de gestión; incluso con *Lixus*, *Gades* tuvo una estrecha relación. He aquí algunas de las colonias africanas, que perduran, como Cartago, a pesar de los avatares de la lejana Fenicia, y que quedan integradas tácitamente en este discurso, colonias que al contrario que

nible impide el que pueda derivar o profundizar más. Y aún otra matización, en este estudio no manejo una bibliografía amplia, no voy a paralelizar excesivamente, el repertorio de títulos generado por el tema es evidente y conocido por los estudiosos. Así organizo un estado de la cuestión basado en la argumentación propia, con un cierto apoyo en los escritos antiguos, que por otra parte no resisten un serio análisis crítico, a pesar de que en algunos casos aporten imagen de claridad y objetividad, que es relativamente falsa. Y no se me achaque que juego con la imaginación, todo lo aquí expresado está aquilatado, medido, y basado en un estudio apropiado de gran parte de la materia textual.

La existencia fenicia, después la cartaginesa, son difusas por los textos; se aclara más, en cierta medida, la vieja fenicia, bien que parezca ilógico, porque además se han excavado restos de sus antiguas colonias y necrópolis. En cambio los cartagineses en las primeras etapas de contacto con Iberia, la cronología de las cuales es confusa, imprecisa, no fundaron verdaderas colonias, en párrafos siguientes tratamos sobre ello; en todo caso se asentaron en poblaciones meridionales fundadas por los fenicios. Así pues su rastro material no es seguido tan fácilmente, aunque ahí está alguna que otra necrópolis en las que un segmento de enterramientos cartagineses se superpone a los fenicios (consúltese nota 21).

Comienzo por el principio, por parte de las primeras noticias leídas en relación con la realidad fenicia en la Península Ibérica, en las que pueden observarse pinceladas sobre la movilidad humana entre asentamientos de ambas riberas del Mediterráneo y Atlántico -el Mar Exterior (Str., 3.1.3)-, sur peninsular-norte/noroeste de África. A continuación incluyo una serie de textos, relativos a los aspectos a tratar, y he de indicar que en absoluto agoto los dichos textos, no es una recopilación totalizadora ni mucho menos, aquí únicamente se encuentran aquéllos que he considerado conveniente incluir para ilustrar los puntos reflejados en el título y otros vinculados.

Los fenicios de Tiro, con un fortísimo apoyo estatal o de la oligarquía, toman carta de naturaleza en el sur peninsular hispano, fundando numerosos pueblos: Str., 3.2.13: “*La expedición de Heracles, que llegó hasta allí, y la de los fenicios dieron idea a Homero de la riqueza y la vida amena de los habitantes (del extremo Occidente). Porque éstos fueron dominados de tal manera por los fenicios que la mayor parte de las ciudades de Turdetania y de las regiones*

las hispanas están más dispersas: *Hadrumentun*; *Hippo* (Sall., *Yug.*, 19.1), que podría tratarse de *Hippo Dhiarrytus*, o *Hippo Regius*; *Leptis Magna*; *Lixus*, aunque según Plinio (*Nat.*, 19.63), más antigua que *Gades*, fue fundada hacia los últimos años del s.VIII a.C., y su templo no puede datarse antes de principios del s. VII a.C.; *Tingis*; *Útica*, cuya fundación se remonta, según Ps. Aristóteles (*De Mirab. ausc.*, 134), a 287 años antes que la de Cartago, de ningún modo verídico, etc.

vecinas hoy son habitadas por ellos...” (traduc. A. Schulten)². Similar idea es expuesta por Plinio (*Nat.*, 3.8)³. Y sigue escribiendo Estrabón (3.2.14), ya reseñando, como puede observarse, a los cartagineses, con una referencia a los lejanos fenicios: “*Digo que los fenicios eran (sus) informadores (los de Homero). Ya que ellos poseían lo mejor de Iberia y África antes del tiempo de Homero y quedaron dueños de estas regiones hasta que los romanos destruyeron su dominio. De la riqueza ibérica también esto es un testimonio: según dicen los historiadores, los cartagineses que vinieron con Amílcar Barca encontraron los habitantes de Turdetania empleando pesebres y tinajas de plata...*” (traduc. A. Schulten). Entre los asentamientos tirios se desarrolló con mayor fuerza Gades (Str., 3. 5.5), la más populosa ciudad de Occidente, a la que no ganaba, antes de su espectacular despegue, Cartago. Y no sólo lo era por sí misma, por su infraestructura y superestructuras; lo era por las firmas comerciales allí establecidas; lo era por los grandes armadores; lo era por la pesca e industrias derivadas; lo era por la afluencia de personas de los más variados lugares, atraídas por los negocios que en esta ciudad cosmopolita podían realizarse, navegantes con asentamiento definitivo o estacional, comerciantes, industriales, intermediarios, pescadores, artesanos, agricultores, en fin igualmente una amplia base de mano de obra asalariada, de una u otra calidad, y con uno u otro oficio, múltiples y, por lo general, tendiendo a lucrativos (la población la engrosaba, sin duda, un crecido número de esclavos, como fuerza de trabajo no remunerada); y lo era porque en ella se levantaba el *Heracleion*, el templo más notable y poderoso de Occidente (Str., 3.5.5-7. Mel., 3.46. Sil. Ital., 3.14-32), el dedicado al dios de Tiro, Melqart⁴, la colosal divinidad de carácter solar, protectora de la navegación, en los orígenes de la vegetación (Her., 2, 44), y a la que le fueron dedica-

² La afirmación de Estrabón debe remontar: a Asclepiades de Mirleia, que a comienzos del s. I a.C. residió en el sur de la Península Ibérica y describió sus pueblos (Str., 3.4.3). A Posidonio que durante la guerra sertoriana llegó a Cádiz a estudiar el fenómeno de las mareas (Str., 3.1.5). A Polibio que visitó Hispania durante la guerra numantina (Str., 3.1.6; 3. 2.10). Y tanto para el Geógrafo de *Amasia* como para los autores que maneja, todos escribiendo en la época en que la Península estaba sometida a Roma, constituían los cartagineses el segmento semita más denso en el mediodía, aunque también unos y otros aluden a los antiguos fenicios del poblamiento arcaico meridional. Descendientes de los tirios, descendientes de los cartagineses propiamente dichos, continuaban viviendo en el sur y en parte del este, por la lógica relativa a la secuencia poblacional de grupos étnicos asentados aquí desde épocas tempranas atrás.

³ El testimonio de Plinio es de un cierto valor por basarse en el de M. Agripa, que después de la terminación de la guerra cántabra en el año 19 a.C., se desplazó a Hispania a organizarla administrativamente. Y tiene confirmación en la opinión de M. Varrón (Plin., *Nat.*, 3.8), quien afirma que la totalidad de Hispania fue ocupada por los fenicios y los púnicos, entre más pueblos.

⁴ Escasamente, por el aniconismo semita (Sil. Ital. 3.30, “...no hay idolo en el santuario” -en el *Heracleion*-), aparece en escultura, orfebrería, y ante todo en monedas, en Gades, a partir de la mitad del s. III a.C., y en otras cecas fenicias y/o cartaginesas, *Sexi*, *Abdera*, *Carmo*, *Carissa*, *Lasenta*, valle del Guadalquivir. Dios que igualmente es encontrado en las monedas de las estudiadas como cecas libiofenicias (véase nota 27).

dos santuarios en la mayor parte de las colonias fenicias mediterráneas y atlánticas, exactamente igual de Iberia que de África⁵. En el *Heracleion*, como lugar de peregrinaje por antonomasia en Occidente, consumaron los sacrificios y ritos propios de la titularidad del templo, hombres y mujeres de diversas civilizaciones, un numerosísimo concurso de fieles que no conocemos pero que suponemos, entre ellos personas célebres : Aníbal después de tomado Sagunto, durante la segunda guerra púnica, antes de iniciar la aventura bélica italiana (Liv., 21.21) : “...después de revistar los auxiliares de todas las naciones, marchó a Gades para cumplir los votos que había hecho a Hércules y se ligó con nuevas promesas si le era próspero el futuro” (traduc. A. Schulten); Fabio Máximo (App., *Iber*, 65); Polibio (Plb., 3.59.7. Plin., *Nat.*, 4. 19; 5. 9. Str., 3.5.7); Artemidoro (Str., 3.5.7); Posidonio (Str., 3.2.5; 3.5.8-9; 17.3.4); César (Suet., *Caes.*, 7); y el último aquí citado, más anónimo, un gobernador en tiempo de Caracalla, que fue castigado precisamente por haber consultado el oráculo (D.C., 72. 20. 4). Y con la fundación de *Gades* en marcha, se comprueba, a través de las obras clásicas, como los gaditanos, -fenicios, después cartagineses, cruzados probablemente no sólo con turdetanos sino con una exótica serie de grupos humanos que pudieron frecuentar esta ciudad o las restantes fenicias del suroeste-, viajan constantemente, por tierra y mar, en este discurso examino las travesías marítimas. ¿Travesías con qué propósito, con qué destino? Propósito y destino pueden ir aunados: 1. Obtención de metales, hasta tal punto, valga el ejemplo, que sus periplos hacia las islas Casitéridas para adquirir estaño fueron mantenidos en secreto incluso en época romana: “... tienen (los habitantes de las Casitéridas) metales de estaño y plomo, y los cambian, así como las pieles de sus bestias, por cerámica, sal y utensilios de bronce que les llevan los mercaderes. En un principio este comercio era explotado únicamente por los fenicios desde Cádiz, quienes ocultaban a los demás las rutas que conducían a estas islas...” (Str., 3.5.11) (traduc. A. García y Bellido). 2. Comercio. Llevando a cabo transacciones mediante navegación de cabotaje con las ciudades costeras hispanas, o mediante una cierta navegación de altura hacia las africanas, y hacia Oriente. 3. Pesca. De bajura y de altura. Los pescadores dedicados a esta última pudieron llegar a las costas septentrionales africanas y aún más lejos, sin las trabas de los complejos tratados actuales, aunque, como no, también limitadas las aguas por acuerdos bilaterales o por la fuerza; aguas que, además, estarían bien concurridas por barcos piratas. 4. Negocio de salazones, que suponía movimiento continuo de los que se aplicaban a él, no con relación a las fábricas de cuño familiar, sino con relación a aquéllas que absorbían cantidades enormes de pescado, cuya salazón, cuyo *garum*, posteriormente era distribuido a los cuatro puntos cardina-

⁵ Para la historia y tal vez por los historiadores, y por el sincretismo evidente entre sistemas religiosos, el dios señor de Tiro, fue sustituido, como titular del templo, por Heracles-Hércules -tal vez sólo en el nombre-. Los creyentes semitas siguieron honrando en el templo gaditano a Melqart.

les, hacia los que uno, el sur, África, era importante. 5. Una miscelánea de ocupaciones que encerraban viajes, entre las que hay que contar por ejemplo las relaciones familiares, porque no vemos a los gaditanos, o a cualquier otro habitante peninsular, o del continente africano, o de otros continentes, de la etnia y/o civilización que fuere, con un clisé estático e inamovible, dedicados afanosamente, sin más, a fundar una colonia, dedicados a una empresa comercial, dedicados a la pesca, dedicados a fabricar cacharros con arcilla, que luego estudiamos los arqueólogos, etc., no, aquellas personas lo fueron en todos los aspectos, tal como contemplamos a cualquier compañero de viaje en nuestra andadura por este mundo, o como nos contemplamos a nosotros mismos.

He aquí varios párrafos que refrendan el movimiento humano indicado, fundamentalmente por el comercio y la pesca, y fundamentalmente hacia África. Y desde luego son un pálido reflejo, a veces incluso distorsionado, de las vivencias de aquellos tiempos, pero es lo que tenemos. Bien tenemos además, no pueden olvidarse, los residuos arqueológicos. Pero en algunas ocasiones están deficientemente sistematizados, y pasan por el tamiz de las interpretaciones de arqueólogos, de cuando en cuando mediatizadas por idearios personales, cuando olvidan que la Arqueología es una ciencia y, por tanto, ha de primar la objetividad. Estrabón (2.3.4) expone brevemente la historia de Eudoxo de Cícico, tomada de Posidonio, que tal vez la oyó en la propia Cádiz⁶. He ahí el dato que considero interesante a este estudio: encuentra en el Océano Índico el mascarón de un barco de *Gades*, que lleva, una vez en Egipto, a un mercado de Alejandría, donde le informan los marineros que los gaditanos “*navegan con ellos (hippoi) hasta el río Lixos en la zona de Maurusia para pescar*”, e incluso “*más allá del Lixos*”. Esta historia, perteneciente a los cuentos, a los relatos, más o menos verídicos, de viajes y viajeros, muy del gusto de los marineros, ha situarse, por la referencia a los monarcas lágidas, en torno al 100 a.C.⁷. Y M.P. de Hoz indica que el río *Lixos*, según G. Aujac, podría ser el actual Lukkus, en cuya desembocadura se halla Lixus (4 km. al norte de Larache); o bien, el *Darat* de las obras clásicas (Plin., *Nat.*, 5.9) -el Draa-, más al sur que el Lukkus, según M. Laffranque⁸. Sea uno u otro río lo cierto es que los comerciantes de *Gades* (fenicios/cartagineses, para la época del escrito más bien cartagineses y personas con ascendiente fenicio), navegando en *hippoi*, negociaban con Lixus, colonia que según Artemidoro en Esteban de Bizancio (*Ethn.v. Lugx.*) tenía estrecha relación con *Gades*. Otros testimonios se encuentran igualmente en Estrabón: 2.5.14 : “...Dice Posidonio que él observó desde una casa alta de una ciudad

⁶ Es transmitida también por Mela (3.90, 92), y por Plinio (*Nat.*, 2.169).

⁷ Según M.P. de Hoz, en J. Mangas, D. Plácido (eds.), *La Península Ibérica prerromana: de Éforo a Eustacio*, THA II B, Madrid, 1999, 638, que cita a I.G. Kidd, poco después del reinado de Ptolomeo Evergetas II (146-117 a.C.).

⁸ J. Mangas, D. Plácido (eds.), *La Península Ibérica prerromana: de Éforo a Eustacio*, 639.

distante de estos sitios (Cádiz y Columnas) 400 estadios, una estrella que le pareció ser Canopo, porque los que iban de Iberia algo hacia el sur dijeron que la habían visto...” (traduc. A. Schulten). La declaración, más o menos vaga, evidencia, como se evidenciará una y otra vez, lo que parece muy manifiesto si atendemos a una argumentación racional, las conexiones existentes entre los residentes en las costas andaluzas de la Península y en las africanas del Mediterráneo y del Atlántico. 3.4.3: “...y que algunos, fiándose de los comerciantes gaditanos, como cuenta también Artemidoro, han creído que los que viven más allá de Maurusia en Libia, cerca de los etíopes occidentales, se llaman lotófagos, porque se alimentan de loto...” (traduc. M.P. de Hoz). Los comerciantes gaditanos pues, en sus viajes entraron en contacto, o recogieron noticias de estos lotófagos. No importan aquí los lotófagos, que vienen a ser otra fantasía más del Geógrafo⁹, lo que importa es el dato relativo a los viajes de los gaditanos, en este caso hacia la costa oeste del continente africano. Y en 3.1.8: “...Después viene Mellaria, que tiene fábricas de salazón, y luego Belon, ciudad y río -de allí se suele hacer el trayecto a Tingis en Maurusia- y (otras) factorías y fábricas de salazón. Junto a Tingis estaba también Zelis, pero los romanos la trasladaron a la costa opuesta (a Iberia), añadiendo también algunos colonos de Tingis. Enviaron, además, colonos romanos y llamaron a la colonia ‘Iulia Iozza’...” (traduc. A. Schulten). En estas últimas líneas Estrabón describe una realidad habida en el suroeste peninsular y noroeste africano, y menciona poblaciones, tanto de una como otra ribera marítima, cual es el caso de *Mellaria*, no localizada definitivamente; *Belo*, tal vez actual Bolonia, cerca de Tarifa; *Tingis*, Tánger; *Zelis*, según A. Schulten Ar-zila, al suroeste de Tánger¹⁰; *Iulia Iozza*, sobre la que existen controversias, pero que pudo estar en el territorio de la actual Tarifa. Y en las dichas líneas hay varios datos, muy distanciados en el tiempo, interesantes para este estudio, y que facilitan una cierta idea en relación con la verdad de la época prerromana, reseño únicamente en cuanto a economía, reiterando párrafos anteriores: 1. El paso de embarcaciones desde Iberia a *Maurusia* (Marruecos), y evidentemente al contrario, tráfico humano, tráfico mercantil en fin de una u otra calidad, consecuente éste no sólo con las fábricas de salazones que Estrabón localiza en *Belo* (se encontraban asimismo en otros muchos lugares de las costas mediterráneas), sino consecuente con la probable circulación de muy variados géneros agrícolas, ganaderos, manufacturados. Al respecto de este verosímil intenso comercio, con destino a amplios territorios, que es originado en las ciudades semitas, grandes, pequeñas, villas, aldeas, o

⁹ El extremo occidental, hacia las columnas de Hércules, “*allá en los confines de las tierras conocidas*”, como escribe Silio Itálico (I. 141; XVII. 637), fue tierra de misterio, de maravillas, de leyendas, de mitos, para los escritores griegos, referencias que recogieron, copiándolas, incluso aquellos que ya tenían contacto con Roma y visitaron Hispania.

¹⁰ Estrabón. Geografía de Iberia, *Fontes Hispaniae Antiquae* VI, Barcelona, 1952, 146.

simples establecimientos temporales, es significativa la frase de Estrabón (3.4.6) cuando describe *Carthago Nova*: “...es el principal emporio para las mercancías que, llegando del interior, han de ser cambiadas por las que vienen del mar y éstas por las que proceden de tierra adentro...” (traduc. A. García y Bellido). Resultado, mercados prósperos, asentamientos variopintos, en cuanto al trasiego humano, en cuanto a la etnia y catadura de los habitantes, permanentes u ocasionales, predominando los de origen primitivo semita, sobre los autóctonos hispanos, un verdadero hormiguero; y entre los que el mestizaje, repito, debió ser muy común tratándose de habitantes permanentes, originándose una población mixta densa, tanto en el ámbito hispano como en el africano; lugares, con frecuencia carentes de infraestructura, por el rápido crecimiento y, por tanto, con un alto grado de suciedad, característica ésta de sitios portuarios; lugares con muelles de carga y descarga, almacenes, oficinas de cambio, tiendecillas, aguaduchos, prostíbulos¹¹. 2. Las fábricas de salazones de *Belo*, con cuyos productos los ciudadanos debieron especular con el entorno, pero mejor con el norte/noroeste de África, mercados más lucrativos por la distancia, además de con los comerciantes procedentes de Oriente si hubiere lugar. En estas transacciones los griegos no están nunca ausentes, pero siguiendo lo expresado en nota 1, aún implícitos, los omito. 3. Una realidad mucho más tardía, el traslado por Roma de un segmento de las poblaciones de *Zelis* y de *Tingis* a Hispania, donde, aportando *deductio* de itálicos y/o romanos, fundaron una colonia, llamada *Iulia Iozza*. El motivo es desconocido, tal vez tuvo que ver con alguna acción punitiva o coercitiva hacia los trasladados.

Concerniente a las fábricas de salazones citadas líneas arriba, y asimismo con relación al vaivén humano entre Iberia y África, se reincide en este nuevo párrafo de Estrabón (3.4.2-3), al aludir el Geógrafo a *Malaca*¹² y *Sexi*, ambas, como *Abdera*, colonias fenicias, véase: “...*Malaca (colonia fenicia) es el mercado de los nómadas*¹³ *de la costa opuesta de África y tiene grandes fábricas de salazón... Sigue la ciudad de los exitanos, de la cual el salazón recibe su nombre (Sexi = Almuñécar, Granada). Después de ésta (Exi), está Abdera (Adra, Almería), que también es colonia fenicia...*” (traduc. A. Schulten). La industria de salazones ya fue tenida en cuenta por los hombres de letras en otros tiempos, antes, como entre los ss. IV-III a.C.: “*Dicen que los fenicios que habitan la llamada Gadira, cuando navegan más allá de las columnas de Heracles, con*

¹¹ No aludo a las construcciones religiosas ni a las dedicadas a viviendas familiares.

¹² Las salazones de *Malaca* se citan a menudo, de hecho en sus monedas hay dos atunes.

¹³ Relativo al adjetivo nómada en boca de un griego, al hacer referencia a los africanos, según A. García y Bellido (*España y los españoles hace dos mil años*, Madrid, 1980, nota 207), no hay que tenerlo excesivamente en cuenta para afirmar un nomadismo, puesto que para los griegos en esta época y en otras anteriores -las conocidas fuentes griegas de las que toma Estrabón sus datos- nómadas y/o bárbaros eran, en general, todos los pueblos que no participaban de su civilización, de sus modos de vida.

viento de Levante arriban en cuatro días a unos lugares desiertos llenos de algas y de ovas que durante la bajamar no se ven bañados, pero que se inundan con la pleamar. Y que en ellos se encuentra una extraordinaria cantidad de atunes de increíble tamaño y grosor, cuando se quedan varados. Una vez que los salazonan y envasan, los llevan a Cartago. Son éstos los únicos que no explotan los cartagineses, ya que por la calidad que tienen como alimentos, los consumen ellos mismos..." (Ps. Arist., *De Mirab. ausc.*, 136) (traduc. A. Bernabé). Los fenicios de Cádiz (o los cartagineses), viajan hacia África, a una región que según la interpretación del párrafo puede tratarse de la de Mogador, en la costa atlántica, aproximadamente a 700 km. del Estrecho, donde se hallaba, al parecer, una importante factoría fenicia¹⁴. Y otro detalle, en la zona consiguen atunes, que deben transportar, para someterlos al proceso de salado, a las factorías dependientes de *Gades*. Y en este texto son bosquejados los cartagineses como claros intermediarios, puesto que refiriéndose a estas salazones se indica expresamente que las referidas las consumen ellos mismos, que son las únicas que no explotan. Relación pues con África de los gaditanos fenicios o cartagineses, al fin y al cabo ya hispanos, pues el conjunto poblacional, dejando de lado las sucesivas aportaciones orientales, africanas, etc., en goteo constante, estaba afincado tiempo ha en Iberia.

Hasta aquí más o menos el protagonismo de los fenicios. A partir de las posteriores frases aludo especialmente a los cartagineses que, en sucesión cronológica, tomaron el testigo de los colonizadores fenicios; no obstante siempre hay una cierta remembranza a los pobladores tirios, que no desaparecen, en esto he de ser reiterativa, aquí están y aquí permanecieron, aún ahora, como es natural hay sangre tiria en el hombre hispano como la hay en el africano. Sigamos, presuponiendo la población fundadora llegada de Fenicia a Iberia desde el s. VIII a.C., en adelante, y presuponiendo, además, la cercanía de Cartago, ya evolucionada desde una mínima colonia a una poderosa ciudad-estado comercial y conquistadora, aún más inmediata y más afín por el continuo trasiego expresado arriba: sus gobernantes -el carácter estatal está implícito-, por los medios que fuere, pudieron incitar a emigrar a la Iberia semita a sus pobladores, ciudadanos o no, constituyentes de un hipotético excedente demográfico, que no debía pasarlo demasiado bien. Pero las investigaciones textuales y arqueológicas no apoyan la idea de que Cartago se encontrara fuertemente involucrada en la específica colonización a gran escala del extremo occidental. Acaso fue la arribada cartaginesa producto de un sistema de supremacía marítima y control indirecto, más que una planificación económica estatal que implicara soberanía territorial, ésta se hizo realidad con la conquista bárquida.

¹⁴ J. Mangas, D. Plácido (eds.), *La Península Ibérica prerromana: de Éforo a Eustacio*, nota 870.

¿Por qué la emigración? Acaso debido a la escasez de tierras cultivables y de materias primas en el ámbito de abastecimiento, conquistado o pactado, de la ciudad. Este problema tuvo que ver con el crecimiento demográfico propio, y aumentado por el flujo humano procedente del este ante la presión asiria, y después por el sometimiento de Tiro a Nabucodonosor II, flujo que no tenía relación alguna con una colonización sistemática organizada¹⁵. Así pudo ocurrir, contingentes de personas, fenicios, cartagineses, mestizos libio-cartagineses, libios, otros grupos ligados a Cartago, ciudadanos o no, pero con un denominador común, la carencia de recursos, y el deseo de encontrar una vida mejor (excluyendo a los potentes negociantes, que contemplaban la Península como inversión), llegaron a Iberia. Para estas afirmaciones no hay que apoyarse en ninguna cita -nunca está de más-, teniendo en cuenta que actualmente sabemos más, a pesar de que parezca una paradoja, que aquéllos que escribieron unos siglos después de la realidad física fenicia y cartaginesa. Es muy posible que no todas las expediciones fueran estatales, es decir gestionadas en el seno de la administración, bien que todas con la aquiescencia de la misma y mediatizadas por su propaganda. Pudo haber empresas privadas a una cierta escala, pudo haber empresas subterráneas que se encargaran de trasladar personas hasta la Península, y aquí dejarlas, bien a su propio arbitrio, bien concertando su asentamiento con los jefes hispanos o fenicios, previo un canon, que eso, sí, no es posible, en absoluto, concretar en sentido alguno. En realidad debió darse el sistema de inmigración, en menor escala, y tal vez con menor desesperación del que se está dando ahora, Marruecos/costas hispanas. Aquí se fijaron, y trabajaron allí donde había propuestas, en las fábricas de salazones, o en otras industrias, en la agricultura, como jornaleros, como arrendatarios, en las ciudades y pueblos, en las más diversas labores que a todos nos es dado conocer. A lo largo del tiempo los más fuertes económicamente llegarían a conseguir comprar tierra, bien a los posibles propietarios semitas, bien a los posibles propietarios hispanos, o a los jefes políticos, o a los hombres religiosos de poblado y/o de tribu¹⁶. Y asentados en el sur, en las familiares poblaciones de raigambre fenicia, llegaron a considerar a través de los años éste su propio suelo.

¹⁵ Este fenómeno paralelamente debió producirse también en Iberia, pero aquí tal vez pudo absorberse la población recién llegada de Tiro con más facilidad, por la mayor amplitud geográfica. Hay que pensar que el territorio de aprovisionamiento de Cartago era muy limitado, ya está indicado en cuerpo central, sobre todo antes de las conquistas del hinterland africano emprendidas por Hannón en el s. V a.C.

¹⁶ Aventuro esta hipótesis. El sistema de propiedad de la tierra es desconocido, tanto para semitas como para hispanos. No sabemos si existía propiedad privada o la tierra pertenecía, como en numerosas civilizaciones antiguas occidentales y próximo orientales, a los mandatarios. Incluyo a los hombres religiosos, sean cuales fueren sus características, que no conocemos, como propietarios de ciertas extensiones de tierra, porque éstos en civilizaciones primitivas siempre tuvieron un fuerte poder, así pudo ser en las civilizaciones hispanas.

Y ¿desde cuando puede datarse esta afluencia africana, que no ha lugar a denominarla colonización? Los primeros tratados romano-cartagineses, transmitidos por Polibio, deben ser considerados como un cierto marcador para conocer la actitud de Cartago con referencia a Iberia. En el del año 509 a.C.¹⁷ (Plb., 3.22.1-13; 3.23.1-6) no se menciona aquélla: “...*Haya amistad entre los romanos y los aliados de los romanos y los cartagineses y los aliados de los cartagineses en estas condiciones: que no naveguen los romanos ni los aliados de los romanos más allá del Cabo Hermoso, a no ser que sean obligados por una tempestad o por enemigos. Y en caso de que alguno sea llevado por la fuerza, que no le esté permitido comprar ni tomar nada excepto cuanto sea para la reparación de la nave o para sacrificios, y que se vaya en el plazo de cinco días...*” (traduc. L.A. Llera). En el del año 348 a.C. (Plb., 3.24.1-16): “...*Haya amistad entre los romanos y los aliados de los romanos y el pueblo de los cartagineses, de los de Tiro, de los de Utica y sus aliados en estas condiciones: Más allá del Cabo Hermoso, de Mastia y de Tarseyo, que no hagan saqueos los romanos ni comercien ni funden una ciudad...*” (traduc. J. Mangas), ya hay una clara limitación impuesta por los cartagineses a los romanos y aliados para navegar más allá de *Mastia* y de *Tarseyo* -se cree en las inmediaciones de Cartagena-. Existe pues un cambio en la actitud. Cartago defiende ante Roma los puntos geográficos peninsulares de interés¹⁸. Pero también hay algunas otras

¹⁷ Hay dudas muy razonables entre los investigadores, y la autora es de la misma opinión, al respecto de que este tratado se firmara entre Cartago, una gran potencia y una pequeña república que en absoluto tenía protagonismo en el ambiente político, y menos intereses comerciales en el mar, una pequeña república de campesinos bien afincados en la tierra. Si, en cambio, el tratado pudo firmarse con una o varias ciudades etruscas, en este caso en igualdad con Cartago, para delimitar y proteger las respectivas zonas de acción. Otra circunstancia es que ya pasado el tiempo, difuminada la realidad etrusca, ésta se confundiera o quisiera confundirse con la romana, y los autores cambiaran el firmante etrusco, haciendo protagonista del tratado a aquélla entonces pequeña Roma, apenas conocida por Cartago, dependiente de Etruria no había mucho.

¹⁸ En cuanto a los protagonistas de los tratados: si es que existió el primero, del año 509 a.C., en otro caso el segundo tratado, del año 348 a.C. y el tercero del año 343 a.C., estaban originados, reitero, en el seno de la política de un estado fuerte, poderoso, Cartago, destinado a entenderse con uno pequeño en formación, Roma, en tiempos en que el poder etrusco ya había desaparecido y la metrópoli africana se enfrentaba en solitario a los intereses griegos. Concretamente en el tiempo del segundo y tercer tratados, años 348, 343 a.C., Roma aparecía todavía como una pequeña agrupación política, pero en evolución hacia una formación con peso específico en el Mediterráneo, una vez que las potencias etruscas habían decaído política y económicamente, sin vuelta atrás. Un problemático tratado en el año 306 a.C. que menciona Filino de Agrigento, contemporáneo de la primera guerra púnica y negado por Polibio, deja traslucir mutuas suspicacias. Roma ya podía permitirse ser suspicaz, Cartago tenía razón en inquietarse en este último cuarto del siglo IV conociendo por sus agentes, por sus espías, por los mercenarios, por los viajeros, la política romana expansiva en Italia, mirando en gran medida hacia el sur, y al control de puertos del Tirreno central y meridional, mediante una incipiente flota. Y, por supuesto, el panorama cambia, en cuanto a los dos firmantes, al contemplar el datado entre los años 279-8 a.C. Las relaciones advertidas entre Cartago y Roma estaban más equilibradas, rubricaron los representantes de dos estados

citas textuales para solventar la cronología del posible asentamiento cartaginés en Iberia. En el *Periplo del mar de la parte habitada de Europa, Asia y Libia*, atribuido a Scilax de Carandia¹⁹, que vivió hacia los ss. VI-V a.C., y recogió noticias de época arcaica, se mencionan emporios cartagineses al otro lado del Estrecho “...a partir de las Columnas de Heracles en Europa hay muchos mercados cartagineses” (*Periplus*, 1), pero es dudosa su veracidad²⁰. Y ha de tenerse en cuenta la documentación arqueológica²¹, que aún insuficientemente organizada, y en parte soterrada por la desbordada posterior romana, permite afirmar, con un mínimo de error, que a partir de la segunda mitad del s. VI a.C. en adelante, cuando la afluencia oriental se hallaba relativamente paralizada²², hubo cartagineses viviendo en ciudades, pueblos y aldeas fenicias, como en *Gades, Carmo, Carissa, Malaca, Sexi, Baria, Abdera*, y otros lugares sin nombre propio conocido, y que lo siguieron haciendo durante los siglos siguientes²³.

fuertes, aún más vigoroso Cartago. Ahora ya no había sospecha, ahora había certeza de que Roma jugaba un papel en el Mediterráneo, a pesar de su flota limitada.

¹⁹ Las investigaciones hacen datar el *Periplo* en época posterior a Scilax de Carandia, alrededor del año 340 a.C.

²⁰ Cfr. J. Mangas, D. Plácido (eds.), *La Península Ibérica prerromana: de Éforo a Eustacio*, nota 741.

²¹ En el caso que fuere restos materiales comunes verdaderamente cartagineses, me refiero a lugares de habitación menudos, con los variados residuos generados por la vida cotidiana, apenas se han encontrado salpicando la geografía hispana, a la manera de los hallados para las civilizaciones anteriores, o posteriores. Deben descartarse las excavaciones de *Carthago Nova*, pero las mismas aportan luz sobre el poblamiento cartaginés de la última época. En todos los aspectos la investigación adolece de datos tempranos. Ha de exceptuarse alguna que otra moneda; y a partir de los ss. VI, V a.C., hay necrópolis, lo indico al principio en cuerpo textual, ligadas a poblaciones en origen fenicias -cuerpo textual-, en algunos de cuyos enterramientos, superpuestos a los fenicios, hay ajuares que denotan carácter africano, cfr. G. de Frutos Reyes, Aspectos sobre la presencia cartaginesa en la Península Ibérica durante el s. V a.C., *Actas del I Coloquio de Historia Antigua de Andalucía* (Córdoba, 1988), t. I, Córdoba, 1993, 128. Entre los cementerios más significativos, además de otros, se cuentan Laurita, Puente de Noy, Velilla, siendo los comienzos en el s. VII a.C., todos de *Sexi*, ciudad con considerable población cartaginesa; Villaricos (*Baria*), s. VI a.C. en adelante; Jardín, Málaga, s. VI a.C.; los de *Carthago Nova*, en ellos ya sin anteriores tumbas fenicias.

²² Ya es sabido que la conquista de Tiro por Nabucodonosor II, después de trece años de asedio (586-573 a.C.), fue un factor negativo para el desarrollo evolutivo de la colonización fenicia en Occidente. Así pues la afluencia de expediciones coloniales tirias tendió a colapsarse, y además ya no partían con tanta frecuencia hacia Fenicia barcos cargados de productos brutos o manufacturados hispanos. Pero este evento no impidió que en la Península se siguiera desarrollando la civilización fenicia y su relación con la autóctona, tomando como civilización todos los rasgos institucionales y económicos. Eso sí el Mediterráneo, desaparecidas, si no totalmente, si en gran medida, las naves comerciales de Fenicia, fue un campo idóneo para los navegantes de la ya fuerte ciudad de Cartago, en el sentido de la llegada a puertos peninsulares, aproximadamente solventados los problemas tenidos con los griegos en el Mediterráneo central y occidental.

²³ En este trabajo no trato sobre las islas Baleares, concretamente sobre la Ibiza púnica, bien poblada por Cartago al menos ya en el s. VI a.C. Diodoro (5. 16.2-3) escribe que los cartagineses habían fundado

Pudiera ser que a partir de las dichas poblaciones fenicias unos, como indiqué líneas atrás, fueran ganando territorios para cultivar; otros se dedicaran a un comercio con productos que importaban de Cartago u otras colonias africanas, o fabricaban en la Península; los más poderosos instalaran fábricas de salazones, o factorías, con cuyo producto negociarían; otros se colocaran en las ya levantadas por los fenicios. Lo que la autora no cree, en el estado actual de la investigación, es que pudieran aplicarse a extraer mineral en minas situadas en regiones de dominio de una determinada tribu o tribus autóctonas. Para esto era necesario internarse en el territorio en cuestión, y parece muy dudoso, porque hubieran tenido que emplear la fuerza de las armas. Así es, la comunidad o comunidades indígenas que explotaran o controlaran una comarca minera no iban a cederla graciosamente a unos recién llegados, ni siquiera mediante parlamentarios y obsequios, a no ser que fueran muy sustanciosos. Tampoco los veo permitiendo a los exploradores de Cartago que recorrieran sus tierras buscando nuevas minas; los hispanos nunca fueron pasivos a intrusiones extranjeras, lo fueron sólo por la fuerza, y a partir de ella, y como mal menor, por pactos desiguales y engañosos. Y al respecto de hipotéticos enfrentamientos, no se encuentran poblados sistemáticamente destruidos, saqueados, incendiados en fechas tan tempranas, salvo alguno que otro, pero los mismos pudieron serlo a consecuencia de enfrentamientos entre los propios nativos, que no eran especialmente pacíficos (Strb 3.4.5)²⁴. Sigamos, concluyo repitiendo nuevamente, con datación

en Ibiza en el año 653 a.C., cuando Cartago no había establecido aún una presencia comercial de cierto alcance en Sicilia y Cerdeña (cfr., entre la numerosa bibliografía : E. Acquaro, *Cartagine: un impero sul Mediterraneo. Civiltà e conquista dalla grande nemico di Roma*, Roma, 1978, 184-188. B. Costa, J.H. Fernández Gómez, C. Gómez Bellard, Ibiza fenicia: la primera fase de la colonización de la isla (siglos VII y VI a.C.), *II Congreso Internazionale di Studi Fenici e Punici* (Roma, 1987), Roma, 1991, 759 ss.). Arqueológicamente se confirma la antigüedad de la fundación en Ibiza, aunque la procedencia de los materiales no está demasiado clara. C. González Wagner (El auge de Cartago (ss. VI-V) y su manifestación en la Península Ibérica, *VIII Jornadas de Arqueología fenicio-Púnica*, (Ibiza, 1995), *TMI*, 1996, 11-12) apoyándose en la procedencia de los materiales, sostiene que ha de ponerse en entredicho la noticia de Diodoro en el sentido de que habría que considerar la fundación de Ibiza desde algún asentamiento occidental, tal vez *Gades*, para facilitar y ampliar la penetración del comercio fenicio en levante, utilizando para ello fenicios llegados de Oriente, que previamente habrían alcanzado Cartago. Es este pues un dato que atañe directamente al núcleo de este trabajo, la movilidad humana, en este caso desde África a las islas Baleares. La fundación alcanza su punto álgido entre la segunda mitad del s. V a.C. y la mayor parte de la centuria siguiente (G. de Frutos Reyes, Aspectos sobre la presencia cartaginesa en la Península Ibérica durante el s. V a.C., 127).

²⁴ Si hay una destrucción (porque lo es y no deterioro por el abandono regular que, a través de los tiempos, se ve abocada toda obra) masiva y sistemática de las esculturas funerarias en todo el ámbito ibérico, en diversos espacios temporales, pero este aspecto está aún muy oscuro para la investigación, realmente no se sabe más que lo que se ve, que las esculturas sagradas están destruidas. No ha lugar a atribuírselo a unas potenciales tropas cartaginesas, y por supuesto tampoco a un cambio de la mentalidad religiosa ibera, cfr., entre otras teorías, las vertidas en M.P. García-Gelabert, J.M. Blázquez, *Destrucción de la escultura ibérica: posibles causas*, *Homenatge a Miquel Tarradell* (Barcelona, 1988), Estudios

alta no hubo colonización propiamente dicha, no existe un sólo establecimiento colonial cuya fundación pueda serle achacada exclusivamente a los cartagineses, salvo los presumibles asentamientos de carácter agrícola imputados a los libiofenicios. Y ya que escribo acerca de los libiofenicios, unas palabras sobre ellos, sobre su oscuro asentamiento en el mediodía y este hispanos²⁵. Sean los libiofenicios verdaderamente el resultado de la combinación de poblaciones fenicias y autóctonas en el norte de África (Liv., 21.22), argumentación excesivamente simplista; sea una denominación dada por los autores antiguos a causa del desconocimiento de su composición étnica, lo cierto es que debió tratarse de excedente poblacional fijado en Iberia por los dirigentes cartagineses, o por iniciativa propia, cuya causa es difícil de definir. La fecha de asentamiento, a pesar de los estudios, no ha lugar a precisarla, debiendo remontarse a tiempos anteriores a la segunda guerra púnica. Si los jefes bárquidas hubieran instalado, por ejemplo, contingentes de veteranos²⁶, al ser expulsadas por P. Escipión las tropas cartaginesas, en el 206 a.C., igualmente habría desalojado de las tierras que les fueron cedidas, a unos colonos soldados veteranos de los ejércitos bárquidas, fueran cartagineses, libios, númidas, etc., cuyos compañeros de armas aún se hallaban en contienda en Italia. Además hubiera sido una medida necesaria por el hecho de que representarían un peligro real para la incipiente ocupación romana. En efecto, la primera gran sublevación acaecida en Iberia cuando Roma comienza a imponer su administración, entiéndase explotación, y haciendo caso omiso de pactos anteriores (Liv., 32.2.5), está situada en ambiente semita, el sur peninsular, año 197 a.C. (Liv., 33.21.6). Pero si estos, llamados por la literatura libiofenicios, se hallaban durante generaciones en la Península, debieron y pudieron ser aceptados y tratados por Roma no como enemigos recientes, sino aproximadamente, por ejemplo igual que los fenicios meridionales o levantinos o de otras localidades peninsulares. Sea en uno u otro tiempo es indudable que ahí debían estar, porque en otro caso no tiene razón de ser el que en los textos se aluda a los pobladores de la zona con un nombre diferente al de la realidad autóctona hispana y a la de la fenicia, e incluso no son llamados, como podría ser, cartagineses/púnicos. Hay alguna que otra anotación acerca de los libiofenicios en distintas épocas, como entre los ss. VI, V a.C., Hannonis (*Periplus*, 1): “...*Los cartagineses decidieron que Hannón navegara allende las Co-*

Universitaris Catalans, Barcelona, 1993, 403-410, teorías ya superadas, como las de gran parte de la bibliografía existente sobre esta especie de iconoclastia.

²⁵ Cfr. A.J. Domínguez Monedero, Libios, libiofenicios, blastofenicios: elementos púnicos y africanos en la Iberia Bárquida y sus pervivencias, *Gerión* 13, 1995, 221 y ss.

²⁶ Podrían exceptuarse, con un margen de duda muy amplio, los hipotéticos colonos africanos, los bastulofenicios, colocados por Aníbal en la Península, citados por Apiano (*Iber.*, 56), que desde luego correrían la misma suerte, como indico en texto, que las tropas vencidas a partir de la segunda guerra púnica.

lumnas de Heracles y que fundase ciudades de libiofenicios... “ (traduc. C. Schrader). Hacia finales del s. V a.C., los menciona Herodoto (fr. 2), situando los junto a los tartesios y los iberos, distinguiéndolos por su carácter de colonos cartagineses. Más tarde, en el s. IV a.C., Eforo (Ps. Scymnos, 196-198) los cita como colonos de Cartago establecidos en el sur peninsular. Sobre los libiofenicios escriben igualmente : Hecateo (FGH 1 F 310, 314); Livio (21.22), determinando el ejército que Aníbal, al comenzar la campaña hacia Italia, entregó a Asdrúbal para controlar las tierras hispanas conquistadas, escribe que entre la tropa se contaban “...450 jinetes libiofenicios, raza medio fenicia medio africana...”; Apiano (*Iber.*, 56) que los llama bastulofenicios cuando narra que Aníbal asentó entre los iberos a colonos africanos; Ptolomeo (2.4.6), denominándolos fenicios, cartagineses o bástulos; el viejo texto de que se sirvió Avieno (*Or.*, 421), los sitúa en el área meridional. Y parece que la religión dominante en el área libiofenicia es semita, africana. Dicha religión en cierta manera está muy parcialmente significada por la iconografía de las emisiones monetales ya de la época de los bárquidas. Monedas asignadas a fines militares, y en absoluto a un sistema de intercambio en la paz²⁷. Estas monedas no circularon al finalizar la segunda guerra púnica, quedando únicamente vigente el uso de algún patrón en diversas cecas peninsulares, y monedas ocultas en previsión de posibles robos, más particularmente en el sur, y provincias de Murcia y Valencia, y menos en la Meseta sur.

Y ¿por qué no al contrario emigrantes peninsulares -autóctonos o semitas-, hacia África? Por varias razones claras: 1. Si los propios habitantes de África carecían de medios de subsistencia, y en casos habían de emigrar, no iban a encontrarlos unos hispanos recién llegados. 2. Territorialmente no había posibilidades, para hipotéticos inmigrantes hispano-semitas, en Cartago y su entorno, a no ser hacia la peligrosa tierra adentro. 3. Los semitas, desde tiempo antiguo habían fundado colonias en el sur hispano, y si permanecían en la Península, en sus colonias, ya muchas con carácter de ciudades, era porque habían desarrollado un modo de vida satisfactorio, porque había riqueza en una tierra no excesi-

²⁷ El Melqart barbado de las primeras emisiones tal vez era Hamilcar heroizado después de su muerte, Asdrúbal un personaje de las intermedias y Aníbal uno correspondiente a las últimas emisiones. M.G.A. Richter (*The Portraits of de Greeks*, Londres, 1965, figs. 1751, 1754) efectivamente opina que los personajes de las monedas en cuestión son retratos de los generales bárquidas. Tal vez los mismos, inmersos en la cultura helenística, y para reforzar su autoridad habían mitificado su ascendencia. Las llamadas cecas libiofenicias por su cronología, segunda mitad del s. II a.C., y primera del siguiente, corresponden a ciudades como *Asido*, *Lascuta*, *Bailo*, *Iptuci*, *Oba*, *Vesci*, *Turri-Regina* y *Arse*; al respecto cfr. L. Villaronga, *Las monedas hispano-cartaginesas*, Barcelona, 1973. C. Alfaro, *Historia monetaria de Hispania Antigua*, Madrid, 1997, 70-85, 105-115. L. Callegarin (coord.), *Los cartagineses y la monetarización del Mediterráneo occidental*, Madrid, 2000. El llamado alfabeto libiofenicio demuestra que se hablaba el neopúnico en el sur a finales de la República, cfr. A.M. de Guadán, *Numismática ibérica e ibero-romana*, Madrid, 1969, 183-184.

vamente habitada. 4. Si los africanos, como está visto y reiterado, tenían a establecerse en Iberia era porque existían oportunidades de vivir de un modo aceptable, lo que elimina pues la contingencia de malestar o colmatación humana de los territorios coloniales y aledaños. 5. Los hispanos propiamente dichos, tanto los del sur, como los del este, como los del centro, norte, oeste, todos en general, no miraban hacia el exterior para buscar nuevas tierras de cultivo o nuevos mercados, desde luego en absoluto los de las tribus de las dos mesetas, oeste y norte. Las fuentes clásicas nunca los muestran embarcados, nunca desarrollaron una política ultramarina activa comercial o de otras características. 6. Porque en el conjunto poblacional general de Iberia no debió darse un crecimiento demográfico propio tan acelerado como en Cartago. Y porque salvo las noticias textuales acerca de la existencia de latifundios y desigualdad social en el seno de las tribus, más en el de las de raíz indoeuropea, no parece que, en parte, existiera una acusada miseria, no mayor que la inevitable relativa al pueblo llano perteneciente a las civilizaciones antiguas, controlado por una cierta oligarquía. Y pudiera ser que la pobreza, la posible carencia de tierra, base de la riqueza del hombre hispano, se mitigara, también parcialmente, por las incursiones de saqueo de los jóvenes hacia las zonas más afortunadas que, en casos, estaban relacionadas con ritos iniciáticos; por la salida hacia la milicia peninsular y/o extrapeninsular, es decir hacia el mercenariado (esta vía parece ser la única extranjera frecuentada por los miembros de las tribus indoeuropeas); por los recursos extraídos de la naturaleza, que servían para la supervivencia y, a veces, para intercambio, como la caza de la abundante fauna existente en los bosques, la recolección de frutos, la recogida de leña y fibras vegetales, éstas con destino a los cesteros, la pesca, etc.; y otras mil artimañas que imagina el hombre en estrecho contacto con el medio natural para conseguir mejorar su economía. Sea como fuere, que nada sabemos con certeza, no hay noticias confirmadas de asentamientos hispanos prerromanos en el norte/noroeste de África en general, y en particular en Cartago, exceptuando alguna que otra posible fábrica de salazón, instalada por hispano-semitas; amén de la hipotética permanencia en África de los mercenarios oriundos de tribus peninsulares, trasladados por orden de Aníbal durante la segunda guerra púnica, y a los que finalizada, pudo permitírseles la estancia permanente, si es que no optaron por enrolarse en otros ejércitos, por ejemplo en el romano, de ellos se perdió todo rastro; o salvo cualquier otro grupo o grupos peninsulares, no numerosos, que pasaron desapercibidos para la historia.

Ahora volvamos la mirada a las frases relacionadas con la última afluencia púnica en Hispania²⁸, militarmente muy corta, a partir del 237 a.C., llegada de

²⁸ He ahí una corta selección bibliográfica para encuadrar, en parte, la presencia cartaginesa en la Península Ibérica, F.W. Walbank, *A Historical Commentary on Polybius*, I-III, Oxford, 1957-1979. Salah-Eddine Tlatli, *Storia di Cartagine*, Turín, 1960. F. Barreca, *La Civiltà di Cartagine*, Cagliari,

Hamilcar a la cabeza de un ejército (Plb., 2.1.5. D.S., 25.10), y desarrollo de la segunda guerra púnica, hasta su fin en la Península, posteriormente a las batallas de *Baecula e Ilipa* (208-206 a.C.)²⁹. Esta última permanencia estuvo motivada evidentemente porque desde tiempos muy remotos era sobradamente conocida la riqueza peninsular. ¿Cómo supieron de sus recursos? Por numerosas vías: 1. Por la gestión directa de agentes exploradores. 2. Por los fenicios, viejos pobladores peninsulares, con carta de naturaleza en esta tierra; por más que de éstos la información que fueran capaces de extraer sería muy parcial, en el sentido que no parece coherente que hicieran propaganda, ante potenciales competidores, de las zonas donde era factible desarrollar un lucrativo negocio sea cual fuere. 3. Por los propios conciudadanos, ya trasladados aquí en unos u otros

1964. W. Görlitz, *Hannibal. Eine politische Biographie*, Stuttgart, 1970. A. Heuss, *Der erste punische krieg und das problem des römischen imperialismus (Zur politischen beurteilung des krieges)*, Darmstadt, 1970; id., *Los cartagineses*, Madrid, 1993; id., *Cartagine*, Munich, 1999. F.J. Fernández Nieto, España cartaginesa, *HA*, 1971, 335 ss. D. Proctor, *Hannibal's March in History*, Oxford, 1971. K. Kris, et. al., *Hannibal*, Darmstadt, 1974. E. Acquaro, *Cartagine: un impero sul Mediterraneo. Civiltà e conquista della grande nemica di Roma*. G. Chic, La actuación político-militar cartaginesa en la Península Ibérica entre los años 237 y 218, *Habis* 9, 1978, 233 ss. C. Nicolet, *Les guerres puniques: Rome et la conquête du monde méditerranéen. 2. Genèse d'un empire*, Paris, 1978. F. Decret, Mh. Fantar, *L'Afrique du Nord dans l'Antiquité. Des origines au Ve siècle*, Paris, 1981. D. Harden, *Cartaginesi*, Milán, 1982. C. González Wagner, *Fenicios y cartagineses en la Península Ibérica. Ensayo de interpretación fundamentado en un análisis de los factores internos*, Madrid, 1983, 391 y ss.; id., Cartago y el Occidente. Una revisión crítica de la evidencia literaria y arqueológica, *In Memoriam Agustín Díaz Toledo*, Granada 1985, 437 y ss.; id., The Carthaginians in Ancient Spain: From Administrative Trade to Territorial Annexation, H. Devijver, E. Lipinski, eds., *Punic Wars. Proceedings of the Conference held in Antwerp*, Lovaina, 1989, 145 y ss.; id., *Cartago. Una ciudad de leyenda*, Madrid, 2000. VV.AA., *Hannibal Pyrenaeum transgreditur, XXII Centenari del Pas d'Annibal pel Pirineu 218 a.C.-1982 d.C.*, Puigcerdá, 1984. P. Barceló, *Karthago und die Iberische Halbinsel von der Barkiden*, Bonn, 1988; id., *Hanibal de Cartago. Un proyecto alternativo a la formación del Imperio Romano*, Madrid, 2000. VV.AA., *Phoenicia X. Punic Wars*, Lovaina, 1989. J.M. Blázquez, M.P. García-Gelabert, Los bárquidas en la Península Ibérica, *Atti del II Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punici*, (Roma, 1987), vol. I, Roma, 1991, 27 y ss. J.L. López Castro, Cartago. El imperialismo cartaginés y las ciudades fenicias peninsulares entre los ss. VI y III a.C., *Studi di Egittologie e antichità puniche*, 9, 1991, 87 y ss.; id., Fenicios y cartagineses en el Extremo Occidente: algunas cuestiones terminológicas y de periodización, *Homenaje a Elena Pezzi*, Granada, 1992, 343 y ss.; id., Carthage and Mediterranean Trade in the Far West, *RSF I*, 2000, 123 y ss. VV.AA., *La caída de Tiro y el auge de Cartago. V Jornadas de Arqueología fenicio-púnica* (Ibiza, 1990), *TMI*, 1991, 73 y ss. S. Lancel, *Cartago*, Barcelona, 1992. M.H. Fantar, *Carthage. Approche d'une civilisation*, 2 vols., Túnez, 1993. A. González Blanco, J.L. Cunchillos, M. Molina (coords.), *El mundo púnico. Historia, sociedad y cultura*, Murcia, 1994. VV.AA., *Cartago, Gadir, Ebusus y la influencia púnica en los territorios hispanos*, Ibiza, 1994. T. Cornell, B. Rankov, P. Sabin, *The Second Punic War*, Londres, 1996. S. Lancel, *Cartago*, Barcelona, 1999. M.A. Mira Guardiola, *Cartago contra Roma. Las Guerras Púnicas*, Madrid, 2000.

²⁹ Año 206: Liv., 28.16.11: "Fue así que bajo las órdenes y los auspicios de P. Escipión fueron expulsados de España los cartagineses a los trece años de empezar la guerra y a los cuatro de haber P. Escipión recibido la provincia y el ejército...". Plb., 11.24a: "Expulsados los cartagineses de España, todos celebraban la suerte de Publio...".

tiempos, o por los libiofenicios, mas ambos igualmente que los fenicios reticentes a aportar información. Y ¿por qué Hamilcar y la oligarquía aliada decidieron conquistar Iberia, frente a los partidarios de una posición más volcada hacia el continente africano? Por lo expuesto arriba. El tesoro estatal estaba muy merchado, en parte por la pérdida, en la primera guerra púnica (264-241 a.C.), de Sicilia y las islas Eolias en el año 241 a.C., y por la obligación de abonar a Roma una fuerte indemnización, 1.000 talentos euboicos inmediatamente, y 2.200 talentos en diez años (Plb., 1.63.13); y en parte por la guerra de los mercenarios (241-238 a.C.) (Plb.1.67.7; 1.68.9.9), que llevó consigo la renuncia de Cartago a Córcega y Cerdeña, y la entrega a Roma de una indemnización complementaria de 1.200 talentos³⁰. Al menos es esto lo que contestó Hamilcar a la embajada de Roma que se interesó, en el año 231 a.C., por su presencia en España³¹, según narra Dion Cassio (12., frag. 48): “...se había visto obligado a llevar la guerra a España para poder acabar de pagar las deudas que los cartagineses tenían con los romanos...” (traduc. A. Schulten), observándose una cierta burla, que debió producir confusión o simple indiferencia en los enviados. No hay seguridad en relación al envío por Roma de esta embajada, pero, sea como fuere, la ambigüedad romana permitió a Hamilcar extender su radio de acción hacia la mayor parte de Contestania, hasta el cabo de la Nao, y acaso tierra adentro, y a sus sucesores conquistar mayor cantidad de comarcas, siempre encaminadas al acercamiento hacia las zonas mineras, a excepción de la misteriosa incursión de Aníbal a la Meseta norte³². Otro motivo para que Hamilcar decidiera intervenir en Iberia sería la mayor facilidad para enrolar mercenarios, con destino a la preparación de la campaña hacia la conquista de Italia; mas es débil este argumento, porque igualmente podía alistar habitantes de Iberia sin necesidad de conquistar la tierra. Desde épocas lejanas eran proverbiales, destinadas a los ejércitos cartagineses, las levas en la Península, aproximadamente al menos

³⁰ El resultado, amén de la carencia de fondos estatales, incluso de los de reserva, fue la pérdida del control sobre el comercio en el Mediterráneo central, a la vez que dejaban de acceder a los importantes medios económicos que les proporcionaban los territorios perdidos, materias primas, en particular metales (cobre, plata, hierro, etc.).

³¹ Roma hasta entonces aquella nunca había tenido en cuenta la Península, como puede deducirse del desarrollo histórico de la ciudad del Tíber, y si en aquel entonces efectivamente envió una embajada, y después intervino militarmente, lo fue por ir en pos de Cartago, no por un interés especial hacia Iberia. Otra cuestión fue al tomar conciencia de las enormes potencialidades económicas de una tierra que, en principio, parecía fácil de conquistar.

³² Un sólo ejemplo del control de la Península por parte bárquida. Poblaron Oretania, en el Alto Guadalquivir, región minera interesante para aquéllos hombres que la veían como un gigantesco ámbito minero. Y he ahí como se contempla en los textos grecolatinos que una de las ciudades más importantes de los oretanos, *Casulo*, estaba en estrecho contacto con el partido cartaginés (Liv., 24.41). Y a pesar de la, al parecer, directa relación con el *oppidum*, con sus dirigentes, en el mismo, entre sus restos constructivos, no se observa para nada la presencia africana.

desde el s. V a.C. -en este estudio no ha lugar a indagar con detenimiento por qué, y con qué rumbo y/o propósito bélico-, probablemente a través de agentes, por vía diplomática. Y bien, antes de seguir adelante he aquí algunas referencias sobre estos soldados de fortuna. Los guerreros iberos³³ ya fueron mercenarios en los ejércitos cartagineses desde tiempos muy anteriores a que lo fueran en el transcurso de la segunda guerra púnica. Pausanias (10.17.9) los sitúa en Cerdeña en los últimos años del s. VI a.C.; y por los datos poseídos se hallan, al menos, en el transcurso de las guerras greco-púnicas, en Sicilia en el siglo V a.C.: primera guerra greco-púnica: batalla de *Himera*, 480 a.C. (Polyaen., *Strat.*, I.28.1). Guerras en Sicilia entre los años 410 y 405 a.C.: D.S.: 13.44.4-6 (invasión de Sicilia, año 409 a.C.); 13.54.1-2, 13.56.5-6 (asalto y toma de *Selinunte*, año 409 a.C.); 13.62.1-2 (toma de *Himera*, año 409-408 a.C.); 13.80.2; 13.85.1 (sitio de *Acragas*, año 406 a.C.); 13.87.1; 13.110.5-6 (toma de Gela y *Camarina*, año 405 a.C.); 14.54.4-5; 14.75.8-9; 15.70.1; 16.73.3. En la batalla de *Eknomón*, en el año 311 a.C., figuran 1.000 honderos baleáricos (D.S., 19.106.2). En el transcurso de la primera guerra púnica el mayor contingente de tropas mercenarias procedía de la Península Ibérica (Plb., 1.17.4). Y lo mismo en la guerra de los mercenarios (D.S., 25.2.2.; 25.8-9. Plb., 1.66.1-12; 1.67.1-7).

Con los ejércitos bárquidas en acción, en Iberia ya hubo dominio territorial, ya hubo fundación de verdaderas ciudades, *Akra Leuke* (D.S., 25.10); *Carthago Nova* (D.S., 25.12. Plb., 2.13.1). Mas opino que el gobierno cartaginés, en aquellos momentos empeñado en actividades bélicas, y en extraer la riqueza del subsuelo, no se ocupó excesivamente de establecer ciudadanos desposeídos, salvo aquéllos que necesitaba para controlar las levas y la explotación minera, y a ciertos veteranos y mutilados de guerra, a los que quiso premiar. En todo caso un segmento de la oligarquía, que evidentemente no tenía nada que ver con los indigentes, y que por otro lado componía parte del gobierno, pudo estar más interesada, aún que en tiempos atrás, en extender sus mercados por la Península,

³³ Los textos antiguos tratan sobre mercenarios iberos, siendo extensivo el nombre no sólo a los pobladores de la costa mediterránea, sino a todos los habitantes de Iberia. Las tribus indoeuropeas, al parecer con mayor deficiencia económica, pudieron aportar un número más elevado de tropa que las iberas. Y podría pensarse que resultaba problemático, en principio, para los reclutadores adentrarse en el corazón de Iberia, pero un pequeño contingente en son de paz, en misión diplomática, para tratar con los dirigentes nativos, no tuvo que temer, y en tiempos sucesivos las levas, ya conocidas las circunstancias en los ejércitos africanos, por los hispanos de aquí y allá, debían funcionar con la fluidez de una correa de transmisión; e incluso habría lugares, no conocidos, especie de "centros de reclutamiento" donde se reunían los hombres para ser contratados. A. García y Bellido (El mundo de las colonizaciones, *Historia de España*, I, I, dirigida por R. Menéndez y Pidal, Madrid, 1960, 647-680) opina que estos mercenarios procedían, en su mayoría, del sudeste y levante, zonas más conocidas, frecuentadas, y tal vez controladas por los cartagineses. Sobre los mercenarios iberos cfr., entre otros, los escritos del mismo autor: *Los iberos en la Grecia propia y en el Oriente helenístico*, Madrid, 1934. *Los iberos en Sicilia*, Madrid, 1940.

ahora que, por el control militar, existía mayor fluidez; y, como no, en explotar fértiles tierras productoras de excedentes agrícolas comerciables.

Y siguió la guerra de conquista de Iberia, - de aquélla de la que por sus recursos interesaba al mando cartaginés-. Aníbal al mando del ejército como general en jefe, después de la toma de Sagunto (Liv., 21.7-8, 11-12, 14-15)³⁴, y antes de abandonar definitivamente la Península para dar comienzo directamente a la campaña, en Italia, contra Roma, tomó una medida que atañe a este trabajo, en cuanto a los movimientos humanos referidos en el título -informan Polibio y Livio-, hizo enviar contingentes de soldados mercenarios hispanos a África y africanos a Iberia. De esta manera, no hallándose ninguno en sus propios territorios existía menor riesgo, por ejemplo, de desertar. Y así entre otros aspectos interesantes que pueden extraerse de los textos, precisados abajo, se halla el de los movimiento de tropas, al respecto de los cuales pudiera intuirse un mestizaje aquí y allí, por las específicas relaciones de los soldados con las mujeres nativas, y asentamientos estables de soldados hispanos en África. Los asentamientos de soldados africanos en Iberia serían deshechos por las legiones romanas.

Y éstos son los párrafos referidos al traslado de tropas, y con ellos doy fin a este breve estudio: Plb. 3.33.7.: “...*En tercer lugar (Aníbal antes de marchar hacia Italia) se preocupó de la seguridad de África, imaginando un recurso ingenioso y prudente: hizo pasar las tropas de África y España y las de España a África, afianzando con estos lazos la fidelidad entre los dos pueblos. Eran los que pasaron a África, los tersitas, mastianos (mastienos), oretes (oretanos), iberos y olcades; todos ellos sumaban 1.200 caballos y 13.850 infantes, además de éstos 870 baleares, los que propiamente se llaman honderos, pues el uso de esta arma ha dado nombre a esta gente y a la isla por ellos habitada. La mayor parte de estas tropas las acantonó en Metagonia de África, algunos en la misma Cartago. De las ciudades de los metagonitas sacó otros 4.000 infantes y los llevó a Cartago, con el papel de rehenes y auxiliares a un mismo tiempo. En España dejó a su hermano Asdrúbal... 450 jinetes libiofenicios y africanos, 300 ilergetes y 1.800 númidas y masilios, masesilios, maccios y maurusios de la costa del océano, 11.850 infantes de África, 300 ligustinos, 500 baleares y 21 elefantes...*”. Aquí está muy explícito el intercambio étnico, y las posibilidades de mestizaje. Detalles parecidos se leen en Livio (21.21), en el mismo sentido que Polibio (3.33.7.): “...*En seguida, partiendo sus cuidados entre el ataque y la defensa, para que duran-*

³⁴ El sitio y toma de Sagunto no violó el tratado del Ebro, año 226 a.C., firmado por Asdrúbal, en el que se delimitaban las áreas hispanas de acción para Roma y Cartago. Este tema ha sido ampliamente estudiado por los investigadores. Es transmitido por Polibio (3.27.9): “...*finalmente se hizo con Asdrúbal una convención según la cual en España los cartagineses no llevarían la guerra más allá del Ebro...*” (traduc. A.Schulten). También por Livio (21.2.3; 21.2.7), y por Apiano (*Iber.*, 7).

te su marcha contra Italia a través de España y de la Galia, no quedase indefensa África y descubierta por el lado de Sicilia, decidió asegurarla con una fuerte guarnición. En cambio pidió de África un refuerzo de tropas ligeras, en especial lanceros, para que sirviendo los africanos en España y los españoles de África, lejos de su país, fuesen todos mejores soldados y estuvieran ligados por mutuas prendas. Envío a África 13.850 infantes de escudo ligero, con 870 honderos baleares y 1.200 jinetes de varias naciones. Estas tropas dispuso que se quedasen en parte a Cartago y en parte se distribuyesen por África. Al mismo tiempo, sus reclutadores enviados a las ciudades alistan 4.000 jóvenes escogidos a los que manda conducir a Cartago en calidad, a la vez de rehenes y defensores...”. Y más Livio 21.22.: “...Creyendo que no era prudente descuidar España, y menos sabiendo que los legados romanos la habían recorrido tentando atraerse los jefes, la confió a su hermano Asdrúbal, hombre diligente, dejándole un ejército formado principalmente de tropas africanas; eran éstas 11.850 infantes de África, 300 ligures, 500 baleares; además como refuerzo a la infantería, 450 jinetes libiofenicios, raza medio fenicia, medio africana, hasta 1.800 nómadas y moros de las riberas del Océano, una pequeña tropa de ilergetes de España, 300 jinetes y para que no les faltase ninguna arma de tierra, 21 elefantes...”.